

Magnifica humanitas

Muy buenos días a todos.

Quiero darles la más cordial bienvenida a este conversatorio, en el que tendremos la oportunidad de reflexionar sobre una encíclica que, a mi juicio, está llamada a ocupar un lugar muy significativo en la vida de la Iglesia y también en la conversación pública de nuestro tiempo: *Magnifica humanitas*, del Papa León XIV.

Se trata de un documento de gran riqueza. No es simplemente una reflexión sobre la inteligencia artificial, aunque ese sea uno de sus temas centrales. Es, más profundamente, una invitación a mirar los desafíos actuales desde el patrimonio intelectual, moral y espiritual de la doctrina social de la Iglesia. El Papa hace un repaso amplio de sus fundamentos: la dignidad de la persona humana, el bien común, la justicia,

la solidaridad, la subsidiariedad, el destino universal de los bienes. Y desde allí nos propone mirar el mundo contemporáneo, con sus luces y sombras, con sus posibilidades extraordinarias y también con sus riesgos.

Me parece especialmente sugerente la imagen que utiliza la encíclica al contrastar dos construcciones bíblicas: la Torre de Babel y la reconstrucción de los muros de Jerusalén. En ambos casos hay esfuerzo humano, inteligencia, organización, capacidad técnica, trabajo colectivo. Pero el espíritu que anima esas obras es radicalmente distinto. En Babel, la construcción nace del deseo de poder, de autosuficiencia, de fama; es una empresa que pretende prescindir de Dios y termina dividiendo a los hombres. En Jerusalén, en cambio, la reconstrucción de los muros es una tarea orientada al bien del pueblo, a la restauración de

una comunidad herida, a la esperanza compartida.

Esa comparación toca un punto decisivo. Las mismas capacidades humanas pueden servir para edificar una ciudad más justa, más fraterna y más humana; o pueden servir para levantar una estructura de dominio, de exclusión y de orgullo. La diferencia no está sólo en los medios, sino en el fin. No está sólo en la técnica, sino en el amor que inspira la acción. Como enseña San Agustín, hay dos amores que pueden fundar dos ciudades: el amor que se abre a Dios y al prójimo, y el amor encerrado en sí mismo. El hombre puede intentar construir un mundo sin Dios, pero tarde o temprano ese mundo acaba volviéndose también contra el hombre.

Esta reflexión resulta especialmente urgente ante el desarrollo de la inteligencia artificial. Hace pocos días tuve la oportunidad de visitar Silicon Valley y de conocer de cerca algunas de las

empresas que están liderando este proceso tecnológico. Lo que se observa allí impresiona: una vitalidad enorme, un propósito muy fuerte, una energía extraordinaria, abundancia de recursos, talento de primer nivel, inteligencia, audacia, creatividad, y un ambiente que favorece la innovación de un modo realmente excepcional.

Sería injusto mirar todo eso sólo con sospecha. Hay allí una capacidad de hacer cosas que puede transformarse en una gran bendición para la humanidad. La inteligencia artificial puede ayudar a diagnosticar enfermedades, mejorar la educación, hacer más eficiente el trabajo, ampliar el acceso al conocimiento, resolver problemas complejos y abrir caminos que hace pocos años parecían impensables. Sería un error cerrar los ojos ante esa promesa.

Pero también sería ingenuo no advertir los peligros. Cuando una tecnología tan poderosa se

desarrolla sin una pregunta moral suficiente; cuando se orienta sólo a la acumulación de poder, al control, al beneficio económico o a la fama de sus promotores; cuando se olvida que toda innovación debe estar al servicio de la persona humana, entonces esa misma fuerza creadora puede transformarse en amenaza. Puede aumentar desigualdades, debilitar vínculos, manipular conciencias, reemplazar el juicio humano o concentrar aún más el poder en pocas manos.

Por eso la doctrina social de la Iglesia no es un añadido externo a esta discusión. Es un criterio de discernimiento imprescindible. Nos recuerda que el centro no puede ser la eficiencia, ni la utilidad, ni el mercado, ni siquiera la innovación por sí misma. El centro debe ser siempre la persona humana, creada a imagen de Dios, llamada a vivir en comunidad y dotada de una

dignidad que ninguna máquina, ningún sistema y ningún cálculo puede reemplazar.

Desde esa mirada, el bien común vuelve a ser una categoría esencial. La inteligencia artificial debe preguntarse no sólo qué puede hacer, sino a quién sirve. La justicia nos exige mirar a quienes pueden quedar fuera de estos procesos. La solidaridad nos recuerda que el progreso de algunos no puede construirse sobre la marginación de otros. La subsidiariedad nos invita a evitar tanto la concentración excesiva del poder tecnológico como la pasividad de las personas. Y el destino universal de los bienes nos recuerda que el conocimiento, la ciencia y la tecnología deben estar finalmente ordenados al servicio de todos.

Ese es, creo, el gran valor de este seminario. No nos reunimos simplemente para comentar un documento, sino para participar en una conversación decisiva sobre el futuro de la

humanidad. Queremos preguntarnos qué ciudad estamos construyendo. Si una nueva Babel, levantada desde la autosuficiencia y el poder; o una Jerusalén reconstruida desde la esperanza, la justicia y el servicio.

Agradezco muy sinceramente a los expositores que nos acompañan y a todos ustedes por su presencia. Espero que este seminario sea una gran ocasión para pensar con profundidad, con libertad y con responsabilidad. La universidad tiene precisamente esa misión: ayudar a que los grandes avances humanos no pierdan su orientación moral; iluminar la inteligencia con la verdad; y poner el conocimiento al servicio de la persona, de la sociedad y del bien común.

Muchas gracias.